

Portilla desarrolla una amplia labor de investigación; la famosa obra *Visión de los vencidos*, por ejemplo, enfoca la conquista desde la vivencia y la expresión indígenas, presentándonos así, por primera vez, “el reverso de la Conquista”.

Gracias a las obras de Miguel León-Portilla se rompió un añejo eurocentrismo que consideraba que no había más filosofía ni más arte que los occidentales, y además su postura amplió y enriqueció el concepto mismo de filosofía al integrar el pensamiento náhuatl a la reflexión humana, y logró con ello que todas las creaciones indígenas, sustentadas en ese pensamiento, ocuparan su sitio genuino entre las grandes obras de la cultura universal. A nosotros toca reconocer y agradecer esa inapreciable aportación de Miguel León-Portilla para la comprensión de los pueblos indígenas mesoamericanos.

## Alan Lewis

*José Luis Ibáñez*

Una mañana de 1958, el profesor Alan Lewis se rasuraba. Vivía con su esposa y una hijita en la calle de Francisco Sosa, a uno de los lados de lo que hoy es la Casa Reyes Heróles. Llegaron unos agentes de Gobernación y le hicieron saber que traían órdenes para proceder a deportarlo.

Sus alumnos nunca volvimos a verlo y mis intentos de hacer un nuevo contacto con él siempre fracasaron. En algún momento de los años setentas supe que había publicado un libro con su fotografía en la contraportada.

De su muerte nunca tuve noticia y no logro saber si ha ocurrido. Hoy me piden unas palabras para recordarlo y las escribo con emoción, deseando que esté vivo y bien, como está vivo en quienes lo conocimos, en quienes estudiamos y trabajamos con él, en quienes lo queremos.

Sus amigos sabemos que Alan fue víctima de una espantosa confusión y de una histeria policiaca: alguien que daba la impresión de estar agitando muchedumbres apareció en una fotografía-testimonio de los disturbios estudiantiles de aquel año (diez años antes de los problemas de 1968); la figura, de espaldas a la cámara, tenía una cabeza calva parecida a la de Alan..., y eso bastó a las autoridades para proceder a la deportación.

Por lo menos en tres profesores que fuimos alumnos suyos hay memoria de Alan Lewis en México: Manuel González Casanova, Carlos

Fernández y yo. A los tres nos llevó a su puesta en escena de *Enterrar a los muertos*, de Irwin Shaw: a Carlos y a Manuel, como actores; y a mí, como su ayudante de director. Y con nosotros, a la entonces actriz Nancy Cárdenas quien, como me consta, también lo recordaba con cariño y gratitud. *Enterrar a los muertos* era una producción de Teatro Universitario, la actividad que promovía y estructuraba nuestro gran aliado Carlos Solórzano. Alan se encargó de dirigir. Esto fue en 1955, hacia mediados, y uno de esos días me dijo: “no voy a poder cumplir mi promesa de dirigir *Tartufo* para el próximo Festival de Teatro Estudiantil”. Y yo le pregunté: “¿quién va a ser el director entonces?” Y me contestó, entre el humo de un cigarro: “Tú”. Y a mí no se me ocurrió contradecirlo.

La primera vez que leí *Espectros* fue para su clase. La primera vez que supe de Piscator y de Bertold Brecht y de Clifford Odets y de los alcances de O'Neill fue de su boca. Pero en Alan era más urgente saber lo que pensábamos y sentíamos, que exaltar lo que él y los autores programados proponían. El profesor que no se escandalizó por mis reproches a *Romeo y Julieta* y al *Mercader de Venecia*; el que percibió mis cobardías disfrazadas de prudencia; el que simplemente, como los buenos profesores, con su confianza me hizo sentir que yo podía dirigir en el teatro, que yo podía trabajar con mis deseos, y no sólo con los deseos de mis superiores, ése es el que recuerdo con mucho más que agradecimiento. Hace cuarenta años entré a esta Facultad que, entre tantos bienes, me dio el de estudiar con Alan Lewis. ¿Cómo no vamos a extrañarlos, a él y a Fernando Wagner, a Enrique Ruelas, a Usigli, a Margarita Mendoza López, a María Luisa Algarra, que un día dejaron de venir a darnos clase? Imposible “deportar” de nuestra memoria y de nuestro afecto al maestro Alan Lewis, a quien los mexicanos castigamos tan indebidamente.

## Óscar Liera, un dramaturgo nacional

Soledad Ruiz

Conocí a Óscar Liera (1946-1990) en el comienzo de los setentas en la Escuela de Arte Teatral del INBA, en donde yo impartía la materia de Actuación. Creo recordar que se incorporó a nosotros atraído por el prestigio que ya había adquirido el grupo con base en la disciplina y el rigor artístico. Era ésta una generación de primera que aspiraba a plasmar en el teatro lo mejor de sí mismos, que no concebía el arte del ac-